

Francisco Rodríguez Cascante*

El imposible país de los filósofos: **Los desencuentros de las metáforas**

Palabras clave: identidad cultural, filosofía costarricense, ensayística, imaginarios nacionales.

RESUMEN

En este artículo analizo el texto *El imposible país de los filósofos*. El discurso filosófico y la invención de la nación de Costa Rica, de *Alexánder Jiménez Matarrita*, Premio Nacional de Ensayo 2002. Argumento que el libro muestra las contradicciones de los imaginarios nacionales construidos por los filósofos costarricenses de la primera mitad del siglo XX, los cuales pueden ser leídos como metáforas en desencuentro, puesto que existe una gran distancia entre las narrativas de la representación y los contextos socio-históricos que a los que hacen referencia. El ensayo comprueba que los discursos sobre la nación costarricense son ficciones conservadoras de una ciudad letrada que sigue prefiriendo anclarse en una mítica edad de oro siempre presente en nuestra cultura.

Key words: cultural identity, Costa Rican philosophy, essay writing, visions of the Nation.

RESUMEN

This article analyzes the text *El imposible país de los filósofos*. El discurso filosófico y la invención de la nación de Costa Rica [The Impossible Country of the Philosophers. Philosophical Discourse and the Invention of the Nation in Costa Rica], by *Alexánder Jiménez Matarrita*, winner of the National Essay Award 2002. The proposal of the article is that the book shows the contradictions in the visions of the Nation constructed by the Costa Rican philosophers of the first half of the XX Century, which may be read as metaphors that diverge from reality, since there is a great distance between the narratives of the representation and the socio-historical contexts to which they refer. The essay proves that the discourses about the Costa Rican Nation are the conservative fictions of a literate city that still prefers to cling to a mythical golden age ever present in our culture.

El viaje es una de las prácticas estructurantes de imágenes de otredad. Como parte de ellos, dentro de los espacios de la ciudad letrada, las narraciones de viajeros han conformado recurrentes relatos de identidad cultural. En el tomo II de sus memorias publicadas en 1939, José Vasconcelos (1984, 929-930) afirmaba:

Todo el mundo sabe que Costa Rica es civilizada y civilista, democrática y culta, poblada por raza pura de origen gallego, sin indios casi y con unos cuantos negros en la costa, que no crean problema. Escapa de esta suerte Costa Rica a los males del mestizaje y del pretorianismo y no sabe de dictadores ni de caudillos. Su propiedad dividida, sus poblaciones bien atendidas, uniformemente desarrolladas, ofrecen

panorama único, no sólo en Centroamérica, también en la América entera.

En esta visión desde afuera están concentradas las narrativas esencialistas de identidad cuyos orígenes se encuentran en los discursos coloniales y que florecen en los procesos de conformación del Estado nacional en América Latina.

En el discurso memorial del autor de *La raza cósmica* nuestro país era percibido distante de la barbarie, "puro" gracias a su descendencia española y ajeno al mestizaje, causante de tantos males. Una nación sin indios y con pocos negros, pero ocultos en una difusa zona periférica que el discurso se esfuerza en borrar. Paraíso democrático, pleno de pequeños propietarios, "labriegos

* Francisco Rodríguez Cascante es Doctor en literatura por la Universidad de Montreal, Canadá, profesor en la Sede de Occidente y coordinador del Centro de Información y Referencia sobre Centroamérica y el Caribe del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas de la Universidad de Costa Rica. Su campo de especialización es la literatura centroamericana. Entre sus publicaciones se encuentra *Autobiografía y dialogismo*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2003.

sencillos", ejemplo de desarrollo en un contexto regional caótico conquistado por la más triste barbarie.

Esta ejemplaridad no sólo muestra el éxito en cuanto a recepción de una formación discursiva, sino también su condición de imaginario supra-regional. Al análisis de este discurso es que se dedica el profesor Alexánder Jiménez en un libro que sin duda es desde ya imprescindible en los estudios sobre el nacionalismo y la nación costarricense: *El imposible país de los filósofos. El discurso filológico y la invención de la nación de Costa Rica*, Premio Nacional de Ensayo 2002.

JiménezMatarrita denomina tal formación discursiva *nacionalismo étnico metafísico* y el libro analiza como corpus un conjunto de textos producidos desde principios de los años cincuenta hasta inicios de los ochenta, como *El ser hispanoamericano* (1959) de Luis Barahona, *Biografía de Costa Rica* de Eugenio Rodríguez Vega, *Historia de la literatura costarricense* (1957) de Abelardo Bonilla y *El costarricense* (1975) de Constantino Láscaris. No obstante, el autor clarifica que la perspectiva ideológica de este corpus no se limita al período mencionado, sino que otras publicaciones recientes igualmente la asumen. Quizá el caso más conocido sean los libros de Arnoldo Mora *Historia del pensamiento costarricense* (1992) y *La identidad nacional en la filosofía costarricense* (1997). Es indiscutiblemente, como bien lo propone JiménezMatarrita, el caso de una tradición discursiva cuyos ecos resuenan en distintos momentos históricos.

Sorprende de *El imposible país de los filósofos* su "estado de la cuestión". Es tan impresionante la escasez de la crítica que a uno le ronda un sentimiento abrumador. Además, por supuesto, de hacer énfasis en la pertinencia y la necesidad del libro de Jiménez.

Otro de los asuntos fundamentales que aborda el autor en la primera parte es la relación entre Estado, nacionalidad y nacionalismo. Quisiera hacer algunas reflexiones orientadas hacia uno de los problemas básicos que aborda Jiménez: el de la identidad cultural. ¿Qué es la identidad cultural? En esto sigo la argumentación de Renato Ortiz (2000). Una construcción simbólica que se hace en relación a un referente. Los referentes pueden, evidentemente, variar de naturaleza, son múltiples —una cultura, la nación, una etnia, el color o el género. Pero, en cualquier caso, la identidad es fruto de una construcción simbólica que utiliza esos marcos referenciales. En rigor, como bien lo demuestra *El imposible país de los filósofos*, tiene poco sentido buscar la existencia de una identidad, sería más correcto pensarla en su interacción con otras

identidades, construidas según otros puntos de vista. Desde esta perspectiva, la oposición entre "autenticidad" e "inautenticidad" resulta una conceptualización inadecuada.

Por otra parte, para que la nación se constituya como imaginario se ponen en funcionamiento variadas dimensiones culturales. La unificación lingüística, así como la invención de símbolos, son aspectos fundamentales en la elaboración de las nacionalidades. Las fiestas cívicas, los desfiles patrios, la bandera, el himno y los héroes nacionales, objeto de culto, son el cimiento de esta nueva solidaridad. Este es el contexto en el que se forja la identidad nacional, imagen en la que se autorreconocen los miembros de una misma "comunidad". Pero es preciso entender que se trata de una "comunidad imaginada". Sin embargo, como el destino es susceptible de interpretación por las diversas fuerzas sociales y políticas que se enfrentan, la dirección en la que camina la nación es siempre objeto de controversia. El debate sobre la identidad se encuentra, por tanto, permanentemente condicionado por intereses en conflicto. Por eso, en su elaboración, como lo observa *El imposible país de los filósofos*, los intelectuales, en el sistema letrado, desempeñan un papel preponderante. Actúan como mediadores simbólicos, estableciendo un eslabón entre el pasado y el presente. Se obtiene así la legitimación de esta o aquella visión, de este o aquel destino. La memoria nacional es, por tanto, un terreno de disputas. En él se debaten diversas concepciones que conviven en la sociedad, aunque esas sean discursos delirantes ubicados fuera de la historia, tal como lo comprueba JiménezMatarrita a propósito del corpus estudiado.

Pero la nación corresponde a un tipo de organización social en la que la movilidad es un factor determinante. Por ello debe, obligatoriamente, poseer un grado mayor de integración, teniendo la capacidad de englobar al conjunto de los miembros de esta sociedad. La nación cumple este papel homogeneizante, representa esta totalidad que trasciende a los individuos, los grupos y las clases sociales.

Por otra parte, y a este respecto, quiero hacer una última relación: la nación se realiza históricamente a través de la modernidad. Y este no es un movimiento que se lleve a cabo sin tensiones. Por el contrario. No se debe olvidar que la modernidad se basa en el principio de la individualidad. Eso significa la ruptura de los lazos estamentales, dejando al individuo circular de acuerdo con las oportunidades inscritas en su posición y condición social. Pero sucede que una instancia que le es superior busca atribuirle una voluntad colectiva. Así pues, el individuo debe explicarse como ciudadano de una nación.

Su voluntad es contrarrestada por algo que lo trasciende. En este sentido, como afirma Beatriz González Stephan, la modernidad diseña el cuerpo ciudadano, ya que "uno de los atractivos del proyecto modernizador descansaba en la eficacia de la racionalidad, que implicaba una estrategia de uniformización o 'mismificación' a todo nivel" (1996: 28). Esto explica también la separación entre los espacios públicos y privados, la escuela, la familia, las fronteras, las políticas de higienización, la fabricación de otredades excluyentes, el ojo punitivo, en un sostenido esfuerzo por homogeneizar los integrantes de la nación. Desde esta perspectiva sostiene el filósofo colombiano Santiago Castro Gómez que "la modernidad es una máquina generadora de alteridades que, en nombre de la razón y el humanismo, excluye de su imaginario la hibridez, la multiplicidad, la ambigüedad y la contigüencia de las formas de vida concretas" (2000: 145).

Pero más allá de estos procesos pedagógicos de carácter colectivo, el choque frente a la heterogeneidad socio-cultural desarrolla proyectos micro-sociales y personales. Así la nación es más que un programa político-administrativo, es una instancia de producción de sentido. En la modernidad ha sido el referente nación, el cual ha detentado esta producción de sentido. Sin embargo, también han existido otros referentes para las construcciones identitarias, aquellos silenciados por los programas homogeneizadores de la modernidad.

En el discurso del nacionalismo étnico metafísico ¿cuáles son esos programas de homogeneización? Lo que el autor denomina una metáfora nacional, étnica y metafísica referida a la identidad costarricense: la racionalidad, el destino democrático, la igualdad producida por la pobreza y el aislamiento colonial, la homogeneidad racial, el desprecio al mestizaje, la blancura como continuidad hispánica, el valletalismo lleno de labriegos sencillos, el individualismo, la pobreza niveladora. Todo esto elaborado en discursos que ignoraban los procesos de transformación social de las décadas de 1950 a 1970 que implicaron un mejoramiento de las condiciones de vida, puesto que el proyecto político socialdemócrata logró la elevación de los índices sociales y económicos gracias a un conjunto de medidas de naturaleza política. Por ello afirma Jiménez que "Lo propio de los nacionalistas metafísicos fue construir un discurso de espaldas a su presente" (2002: 218).

No puedo, por su importancia, dejar de referirme a la parte final del libro titulada "Asuntos finales para otros

comienzos". Decía que la modernidad y la realización en ésta del Estado-nación ha significado la construcción de narrativas excluyentes, maquinarias de control que ocultan otros referentes posibles y legítimos para la construcción de identidades regionales, nacionales, grupales e individuales distantes de la lógica homogeneizante. Pero esos referentes en potencia han estado ahí y lo están ahora. Alexander Jiménez nos propone como alternativa un llamado a construir imaginaciones generosas para dejar de mirar la desgracia ajena como espectáculo y propone abandonar el oficio filosófico como manifestación de una actitud de espectador no comprometido. Se trata de no ver al naufrago que sucumbe desde una pantalla de televisión, sino sentirnos partícipes de su sufrimiento.

En este camino de superar la falsa dicotomía homogeneidad / heterogeneidad y de pensar desde imaginarios generosos, mucho nos ayuda la literatura, tal como también lo observa con agudeza el autor. Y en esto quiero recuperar la metáfora del viaje que mencioné al inicio. Si el de Vasconcelos, hoy lo leemos con abatimiento, hay muchos otros. Quiero, para terminar, recuperar dos. Uno que se inicia y otro que termina. El primero es el final de *Murámonos* Federico (1973) de Joaquín Gutiérrez. Todo lo material está perdido. La compañía es la propietaria de la finca y la familia debe partir a buscar otros horizontes. Antes de eso Federico se interna en la selva a vengarse de los opresores, pero "sabiendo que expiaba una culpa que no había cometido, que cometía un crimen contra esa misma naturaleza de la que formaba parte, que hacerlo era como abrirse su propio vientre con las uñas, que sería castigado, sí, que sería algún día, de sorpresa, castigado, que un tumulto de metales ardiendo lo calcinaría, pero que si no lo hubiera hecho así, Estebanita, escuchame, si no lo hubiera hecho así hubiera tenido que pegarme un tiro. Porque sin dignidad, víctima mía, dolorosa mía, no vale la pena vivir" (1979: 229-230). La lucha por la dignidad es una forma de esperanza y una manera de construir un futuro mejor.

El otro es un viaje fuera de la patria. Me refiero a *Las murallas* (1998) de Adolfo Méndez Vides. Dos inmigrantes se van a trabajar a Nueva York. Uno se "adapta" (es decir, convive con las contradicciones de dos sistemas culturales), el otro pierde sus referentes identitarios y se vuelve un ser inanimado, viviendo permanentemente en un coma existencial. El "adaptado" se impone la tarea de cuidarlo haciendo un acto sacrificial. Años

después y al final de la novela, el "inadaptado" pregunta por Antigua, Guatemala:

— Dicen que la Antigua ya no existe-dije.
Le brilló el rostro, complacido, casi riéndose, como burlándose por dentro de mi debilidad.
— Entonces ya podemos morirnos tranquilos.
Yo negué rotundo, con todas mis fuerzas, porque todavía nos tenemos el uno al otro.
En este instante me acaba de ordenar que le prepare algo de beber, con ese derecho que le brinda su impotencia y que a mí me hace dichoso (1998: 152-153).

En la narrativa de la posguerra, donde abundan esos discursos llamados "realismo sucio", "literatura del cinismo" o "narrativa de la desesperanza" hay aún espacio para la solidaridad, que también es otra forma de imaginar generosamente la otredad a pesar de que, en el caso de estos personajes, el Estado nacional constituya un borroso y casi inexistente recuerdo.

Bibliografía

- Castro Gómez, Santiago. 2000. "Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la 'invención del otro'". La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Ed. Edgardo Lander. Buenos Aires: CLACSO, p. 145-161.
- González Stephan, Beatriz. 1996. Economías *fundacionales*. Diseño del cuerpo ciudadano. Cultura y Tercer Mundo. Vol 2. Nuevas identidades y ciudadanías. Ed. Beatriz González Stephan. Caracas: Nueva Sociedad, p. 17-47.
- Gutiérrez, Joaquín. 1979. Murámonos Federico. 5a. ed. San José: Editorial Costa Rica.
- Jiménez Matarrita, Alexander. 2002. El imposible país de los filósofos. San José: Ediciones Perro Azul, Editorial Arlekin.
- Méndez Vides, Adolfo. 1998. Las murallas. México: Alfabeta.
- Ortiz, Renato. América Latina. De la modernidad incompleta a la modernidad-mundo. Nueva Sociedad, n. 166 (marzo-abril), p. 44-61.